

“¡Malparidos Negros hijueputas!”

En un discurso, con su gran vehemencia peculiar,
proclamó el rebelde Jorge Eliécer Gaitán:
“¡Malparidos Negros hijueputas!”. Palabras tales que
pausas haciendo las pronunció él en ocasiones tres.
Después agregó: “Sabed, compatriotas míos, que así es
como esa racista oligarquía come pueblo
no deja de tratarlos para sus derechos,
que sagrados, menoscabarlos;
porque a vosotros, de la sociedad,
los cree lo peor. Pero sepan, Negros berracos,
que preciso es que no los suele considerar
seres humanos. ¡Pues a la carga, carajo! Es ya la hora
de aniquilar esas ignominias, mis hermanos;
y si piensan que lo impedirán, ¡mamola y mamola!”.
Tal recorderis de Gaitán en realidad no necesario,
por saberse hace marras que aquella oligarquía
—que lo asesinó— siempre ha odiado
a los Negros; que más por esa cimarrona rebeldía
para hacer valer su a la dignidad ¡derecho merecido!
¡Gracias, Gaitán, grandioso escudero de los oprimidos!

Sobre unos panas ‘blancos’ míos

Por Dios que no le hace si es que acaso
me hayan de acusar de haberme blanqueado
por, quizás, según “maldecir haber de procrearme
Negro mis padres de piel por igual azabache”.
¡Caramba! Tampoco cosa de a personas ‘blancas’
mi pecho andarles lamboneando por cualquier causa.
Tengo unos amigos ‘blancos’ –declaro- que me han dado
incluso más que Negros cuando he pasado
por episodios aciagos, evidencias de generosidad
acompañada de gran sinceridad.
Nada, pues, de percibir en aquellos
señales de racismo u oprobios cualesquiera más conmigo.
Como para nada jamás de a ellos, yo como Negro,
como sea joderlos en son de revanchismo.
Cuando reprocho el racismo con prójimos cualesquiera
es a modo de plegaria siempre a Dios rogando
que los huéspedes humanos de la Tierra
–Negros y no Negros- caminemos bien hermanados,
con armonía plena, como los hijos que somos
de aquel Supremo Señor Todopoderoso.

Prohibiéndoles dormir a Negros esclavizados

Con una proporción descomunal desarrollaban
esclavizadores a menudo la malignidad.
Como cuando no dejaban que, ni al menos en chanza,
esclavizados durmieran. Todo por aquellos pensar
que ya dormidos los Negros oprimidos
podrían soñar, ¡solo soñar!, que ya eran manumisos;
que habían cogido el ambicionado camino
que los condujese a la realidad
de hallarse al margen de desalmados suplicios
que al lado de ‘amos’ los solían pasar.
Con ese impedirles no pegar los ojos corroboraron
esos endemoniados que a mala hora recalaron
en la Tierra para ser –¡pachucho!- salvajes
peores que hienas, que pirañas, que chacales,
o que caimanes muriendo de hambre.
Pero aun así esos monstruos presumían ser
integrantes de la especie humana,
cuando con precisión no eran sino una parranda de
nauseabundas sabandijas
que canibalismo social –y físico- manejaban con inquina.

¡Qué conspiración contra SATURIO!

Obsesionados esos de Quibdó enemigos ‘blancos’
de Saturio en de cualquier manera liquidarlo,
cuadraron con unos amigos suyos –‘blancos’ y Negros-
que de mayo de 1907 el día primero
hubieran de sonsacarlo para que acabara embriagado
con cerca de quince canecas de anisado.
Después los amigos enemigos le prendieron
candela a una casa de madera
cercana a la zona donde quedaban el comercio
y de los encopetados conspiradores las residencias.
Claro, no demorado apagaron el incendio
para que con severidad no trascendiera.
Pues a Manuel Saturio Valencia Mena lo acusaron
de a Quibdó querer chamuscarlo,
presentando en el juicio como evidencias
su billetera con sus documentos y su correa.
Les salió la conspiración como bien la planearon.
Quedó el dandi Saturio condenado a la pena de muerte,
por “incendiario”, el 6 de mayo;
y su ejecución la consumaron el día 7.

Nicomedes sobre un hijo suyo

Nicomedes, mi compadre de boda, recuerda,
con el alma migajas hecha,
que aquel día 30 de enero de 2022
esa que empezó como mañana de resplandor
en una inesperada hora
pasó a ser de sangre y de congojas
cuando andando cumpliendo su misión
en un percance vial perecieron
un par de policiales, y que gracias a mi Dios
hubo dos más que sobrevivieron;
incluyendo a su hijo mayor
que con el grado de intendente
una caravana en motocicletas la comandaba.
Con ocasión de su cogollo que perdiese
porción de una pierna, y que acabara
resignado a esa por el querer del Todopoderoso
malhadada desgracia (pero muy pronto
presentando pruebas de resiliencia
considerando que a él lo que le quedaba era
caminar que ¡siempre pa'lante y siempre pa'rriba!,

y que con creces lo ha conseguido
aunque compungido todavía
mucho por sus compañeros sucumbidos;
sin que no, ¡obvio!, por lo que pasó con su pierna),
Nicomedes a todo el mundo le recomienda
calcar ese proceder del hijo suyo en referencia;
pero en especial él aprovecha
aquello para convocar
a la generalidad de su Hermandad Negra
para que comprenda la necesidad
de a la mencionada resiliencia jalarle,
como modo de sus calamidades —que cruciales
y a granel- más que sobrellevarlas sea solucionarlas.
¡Ijé, encararlas (como su rama
lo ha hecho con el mencionado problema)
con estoicismo; el cual equivale es
a serenidad y a fortaleza ante las crisis o penas,
y jamás a la resignación que
corresponda a las petacas echarse
y por esa razón dizque ni un dedo mover
en procura, ¡ajá!, de apaciguar las dificultades.
Sobremanera valiosa percibo

esa concepción de mi compa Nicomedes,
que por igual es que la ha acogido
y desarrollado su descendiente;
recalcando ambos
que, ¡ojalá!, sea ese un paradigma
o ejemplo para todos los seres humanos
de cualquier origen o jerarquía
social; porque solamente
quienes en el Demonio se inspiran
prescinden de ser individuos resilientes
y de ser ejemplares
para la sociedad global.
Claro, Nicomedes nada que pare
de pecho andar sacando como pavo real
por la encomiable compostura de su retoño;
del que se siente más que orgulloso,
y sobre todo por su cerebro
rememorar que él en su condición de padre
ha pasado también por unos momentos
de no pocas arduas caídas, pero incorporarse
ha sido una obligación inaplazable.
Resumiendo, duda no quepa de que le hace

Nicomedes a su hijo un muy merecido homenaje
a la misma vez que se lo hacen su madre,
y los demás miembros de la parentela;
y amistades tuyas que de apreciarlo no dejan.
Nicomedes, ¡caramba!,
es con desbordada emoción
que al mayor de su prole le canta:
“Mijo: ¡Es así, ineludible, como te quiero yo!”.
Que no es para menos
siendo aquel poseedor de ingenio
o cacumen, y de nobleza;
pero sin presumir por eso que immaculado sea,
porque immaculado nadie
como sí lo es el Mandamás Dios el Incomparable.
“¡Caray!, mi primogénito no se achicopaló ni que pensara
que por lo de la pierna el hilo de la vida se le mochaba;
sino que mi muchacho hoy mejor que ayer
corre y camina, y ahora con más ganas
de seguirse superando. ¡Berraco que mi pelao es!”.
...Palabras que Nicomedes de su boca no saca.
¡Oigan, cómo recuerdo bien estas palabras
de Nicomedes mi compa!:

“La gran pujanza para miyo poder asimilar,
pero que más para superar de manera gloriosa
esa calamidad, me hace percibirlo como a Supermán.
Eso sí, volando por los aires
namás con la misión de superarse
y de a la sociedad haber de colaborarle
en lo que siempre sea indispensable para bien.
No como aquel Supermán que, siendo terrenal él,
se haga la idea de que debe es
por un galardón o laurel cualquiera
abstenerse de caminar pisando la tierra;
y, en cambio, hacerlo como de tal mala manera
que se le salgan –¡el Señor no lo quiera!- los humos
encaramándosele a la cabeza.
Con el alma en el alma es que concluyo:
Nada de que miyo ni por chanza ser
un individuo al que
no le haga compañía la cualidad, o el don,
de la modestia o de la humildad.
Esa humildad que, por supuesto, siempre mejor
que la jactanciosa prepotencia será”.

...Pues mi compae Nicomedes ¡equivocado no está!

“Francia, ¡esa melega Negra igualada!”

Regocija que Francia Márquez haya sido elegida como vicepresidenta de Colombia. ¡Sí, qué alegría!, reconociendo que personas no Negras —que proclamo que ‘blancas’, en especial— respaldarla en las urnas decidieron. Pues, ninguna duda haya, eso implica un progresar en la plausible misión de ir prescindiendo de aquel irracional racismo hacia los Negros.

Racismo que, ¡cómo no!, malo es con quien sea.

Considero, y moriré convencido de eso,

que tal guerrera pacífica a la Vicepresidencia

no subió por chiripa, ni por generoso regalo. ¡No!

Francia, a la que le gritan que “melega Negra igualada”,

“simia” y más improprios, tal espacio lo consiguió

merecido porque desde muchacha ha sido ¡una berraca!;

que, apenas obvio, con prioridad procurando

siempre lo mejor para su Hermandad Negra; pero,

a la par, por justicia social y por PAZ cual el sol brillando

para la generalidad del colombiano pueblo.

¡Eso es el “vivir sabroso”, que sin ‘racializarnos’!